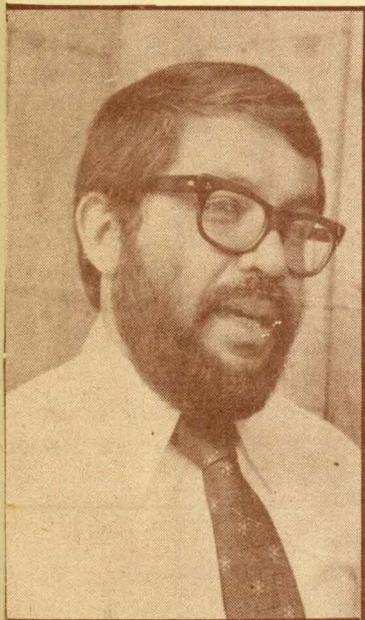


Aún no termina la batalla

27 - Julio - 1980

Por Nicaragua

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Hoy hace justamente un año, el 17 de julio de 1979, Carmen Lira, la inteligente y sensible reportera de **unomásuno** remitió desde Managua el siguiente despacho:

"El presidente de la Cámara de Diputados, Francisco Urcuyo, fue designado hoy nuevo presidente de Nicaragua tras la dimisión de Anastasio Somoza, aceptada por el Congreso.

"Anastasio Somoza Debayle —último miembro de la dinastía que gobernó a Nicaragua por 43 años— renunció esta madrugada y hoy mismo abandonará el país que, devastado y en medio de una insurrección popular, se prepara para afrontar el intento de imponer un somocismo sin Somoza".

La tentativa contrarrevolucionaria apenas tuvo éxito. Veinticuatro horas más tarde, el 18 de julio, Urcuyo, incapaz de sostenerse ni siquiera por la fuerza de las armas, voló a Guatemala. Un día después, el 19 de julio, el gobierno sandinista se instalaba en Managua.

Hace un año.

Reuniendo los materiales que sus reporteros, fotógrafos, articulistas y servicios cablegráficos prepararon a lo largo del último asalto a los baluartes de la dictadura **unomásuno** publicó en enero de 1980, justo en la víspera de que el presidente López Portillo viajara a Managua, un cuaderno titulado "La batalla por Nicaragua". El título es exacto, pero quizá su aplicación resulta más acorde no a la lucha militar y popular por el derrocamiento de la tiranía, sino a la que desde hace 365 días se libra para construir una nueva nación, y a las que en igual sentido habrá que seguir dando en el futuro.

Es consenso entre los dirigentes nicaragüenses, en efecto, que si bien la prolongada guerra contra la Guardia Nacional, ocupante de su propio suelo, y contra los instrumentos de dominación del somocismo fue singularmente difícil y cruenta, todavía reviste mayor grado de dureza el periodo siguiente, hasta arribar a una situación social, económica y política mínimamente satisfactoria. Los obstáculos son, quizá, más poderosos hoy que nunca, entre otras cosas porque se van perfilando las verdaderas posibilidades de la revolución nicaragüense y por consecuencia se definen también con mayor nitidez sus adversarios.

El poder del nuevo Estado nicaragüense es seguramente mayor del que pudo ejercer, por ejemplo, el comandante Fidel Castro durante 1959. El grado de corrupción a que había llegado el batistiano era, sin duda, similar al prevaleciente en Nicaragua durante la dictadura de Somoza. Pero éste había convertido a su país en un verdadero rancho de propiedad particular. La medida en que el propio dictador y su familia y sus allegados participaban en la vida económica de Nicaragua era tan extensa y diversa, que con sólo nacionalizar esas propiedades, el Estado se encontró dueño de buena parte de los resortes de la actividad económica. La nacionalización de los bancos, rápidamente asumida, le entregó también otros eficaces mecanismos de control de la economía.

Pero se engalanaría quien pensara que ello bastó. Es evidente que los otros dueños del país habían logrado mantener durante muchos años un acuerdo con Somoza que les permitió subsistir y medrar. Era también natural, sin embargo, que entraran en colisión los intereses de unos y otro, lo cual provocó junto con la revolución popular la caída del dictador. No es válido minimizar el esfuerzo de los sandinistas, de la heroica gente de Nicaragua, pero tampoco se puede ignorar que su solo afán se había estrellado durante un largo periodo contra las sólidas barricadas militares y económicas del somocismo. Fue únicamente cuando se conjuntaron ese ahínco popular por la libertad y el hartazgo

de una parte importante de la clase dominante cuando se produjo el derrocamiento del despotismo.

Pero salvo las propiedades de los Somoza y sus parientes y adictos, el resto de la economía nicaragüense sigue en manos de particulares que están naturalmente opuestos a una modificación de la estructura social. Para ellos, la batalla hubiera terminado con la retirada de Somoza. Si no apoyaron con éxito a Urcuyo fue porque la dinámica revolucionaria lo impidió, pero ninguna solución mejor para sus intereses se hubiera producido nunca. Sumados, sin embargo, al esquema de gobierno actual, en el seno de éste se libran difíciles luchas por encaminar a la revolución hacia un rumbo que exceda el simple cambio de gobierno.

Una cuestión paralela, y aun previa, es el de la supervivencia del actual estado de cosas. No debe perderse de vista que el somocismo no se ha declarado en derrota. La antigua Guardia Nacional se reagrupa, sobre todo fuera de Nicaragua, pero también dentro. Es imposible descartar la hipótesis de una contrarrevolución, que encontraría a medio camino las tentativas de organización popular necesarias para darle sustento al nuevo Estado.

La fortuna de Somoza, calculada en mil millones de dólares, veintitrés mil millones de pesos, sustraídos en su mayor parte de Nicaragua, no sirven sólo a los dispendios personales del dictador. En apariencia, éste se ha ido a buscar refugio cerca de su congénere, el dictador uruguayo Stroessner, pero no es inconcebible que esté propiciando conspiraciones que, si no lo devuelven al poder, al menos contribuyan a entorpecer o hasta frustrar el esfuerzo revolucionario. Aun en el caso de que él mismo hubiera decidido dedicarse a gozar su existencia injustamente prolongada y su riqueza ilegítimamente obtenida, los intereses que en torno suyo se formaron están en posibilidad muy real de pretender una vuelta atrás de la historia.

No sólo ellos. El gobierno de los Estados Unidos ha mantenido una ambigua relación con Nicaragua en este último año. La prudencia del gobierno sandinista ha evitado el enfrentamiento directo con el de Washington, que seguramente éste preferiría para intervenir frontalmente en los asuntos propios de los nicaragüenses, pero no ha dejado de hacerlo de manera indirecta, condicionando la ayuda que inicialmente había ofrecido. Ciertamente, el clima electoral que durante este periodo ha coincidido con el nacimiento de la revolución nicaragüense matiza en los Estados Unidos la política que ese país asumirá en definitiva frente a Nicaragua, pero puede darse por descontado que no se encontrará allí un bastión de respaldo a un gobierno popular, sino lo contrario, porque el diseño estadounidense respecto de sus vecinos del sur no quiere ya gobiernos militares pero tampoco los del tipo del que puede consolidarse en el país de Sandino.

Las turbulencias en las vecindades de Nicaragua tampoco autoriza a ver con tranquilidad lo que puede pasarle a la revolución en ese país. El Salvador, sobre todo, pero también Guatemala, y quizá en un plazo no remoto Honduras también, se enfrentan a su propia hora de decisión. Contingentes populares crecientemente movilizados, y respuesta violenta a la violencia institucional, y el consiguiente reforzamiento de los aparatos de represión en esos países configuran el retrato de lo que allí ocurre, que es premonitorio de sacudimientos todavía mayores de los que hasta ahora nos han estremecido. En ese cuadro, es natural que como medida preventiva los gobiernos de dichas naciones busquen extirpar, mientras pueden, el molesto germen revolucionario que les ha nacido allí junto.

Menos que nunca hoy, la revolución de Nicaragua es ajena a México. Sandino vivió en nuestro país el primer aliento a su intención antidictatorial. Medio siglo después, el apoyo mexicano a la lucha civil contra la misma tiranía tuvo rasgos que, sin irresponsabilidad ni retórica, pueden calificarse de emocionantes, así de solidarios fueron con un país sometido y torturado hasta el extremo. Por eso, la fiesta del primer aniversario de la caída de Somoza es no sólo una celebración nicaragüense sino también nuestra. También lo serán las festividades que en el futuro se realicen, para alegrarnos todos juntos del fin de las próximas batallas por Nicaragua.